

El Socialismo frente a la realidad nacional e internacional

Manuel Espinoza Orellana

La perspectiva socialista hacia la toma del poder

Nuestra próxima meta es indiscutiblemente lograr el triunfo popular con Salvador Allende el 4 de septiembre de 1964. No obstante esta seguridad de propósitos, no olvidemos que este triunfo debe necesariamente ser un triunfo del socialismo. Queremos expresar con ésto que los métodos de lucha deben estar orientados en forma pedagógicamente revolucionaria, viendo siempre la perspectiva del éxito, exclusivamente desde nuestro punto de vista socialista.

Debemos fundamentar esta perspectiva a partir de la realidad que nos circunda en lo nacional, evitando confundir, como nos ocurre a veces, impremeditadamente talvez, nuestra clara línea de acción.

El Partido Socialista no es una agrupación política surgida al plano de la vida nacional de una manera antojadiza u oportunista. Es por el contrario, el instrumento ideológico más caracterizado de la clase trabajadora. Su nacimiento corresponde a una necesidad bien concreta de nuestro desarrollo económico-social, en correspondencia a un imperativo histórico ineludible. Surge en una palabra, como una alternativa inobjetable frente al devenir político de la nación.

No podemos permitir entonces que se confunda la esencia elemental de nuestra existencia partidaria. El Partido Socialista es el conductor legítimo de la revolución en Chile.

En este sentido, nuestra perspectiva socialista hacia la toma del poder no puede ser otra que la que se desprende de nuestra táctica de "Frente de Trabajadores". Ella ha sido orientada en su formulación por un

exhaustivo análisis de la realidad económico-social chilena. Los factores que determinaron la elaboración de esta táctica no sólo se mantienen en la actualidad, sino que además continúan agravando agudamente la situación del cuadro político-social del país.

La burguesía nacional ha demostrado definitivamente su absoluta inoperancia para resolver los angustiosos problemas que afectan a la estructura económica de la República. Su incapacidad emana de su propia condición de clase, de su ubicación bien clara ante la defensa de sus intereses materiales por sobre los de la nación. La condición de subdesarrollo en que se encuentra el país, común con señaladas diferencias a la de la mayoría de los países iberoamericanos, reclama urgentemente profundas transformaciones de fondo que pongan en juego todo el poder de la riqueza potencial de nuestro suelo y de nuestro pueblo. La burguesía nacional no puede impulsar estas transformaciones, sin atentar contra su propia condición de clase. Su calidad de sector dirigente del sistema económico en vigencia, la obliga a defender el régimen del cual devenga todos sus beneficios. Su comprobada alianza con el imperalismo norteamericano, que la hace adoptar una actitud claudicante y servil ante los diversos organismos financieros de que éste se vale para imponer su política de despojo sistemático y de neo-colonialismo, la inhabilitan absolutamente para convertirse en una fuerza social progresista que pueda impulsar la diversificación y el desarrollo económico, llevando las formas capitalistas de producción a su más alto grado de evolución.

Las modificaciones que el país reclama, no corresponden al sistema de intereses del im-

perialismo ni de sus agentes nacionales los sectores oligárquicos y plutocráticos. Estas transformaciones corresponden a la necesidad de dar un rumbo bien preciso a las realizaciones del proceso productivo. Ello significa planificar en un sentido nacional, quebrando la anarquía de un mercado que no refleja en la actualidad su correspondencia a las necesidades colectivas de nuestro pueblo. Significa por lo tanto, hacer del bienestar general de la población, el motivo principal del desarrollo económico, desechando el sentido del utilitarismo burgués y el insentivo del beneficio exclusivamente individual.

La incorporación a un vasto plan de desarrollo industrial del aprovechamiento intensivo de nuestras riquezas mineras; la aplicación de las más modernas técnicas de explotación económica, que permitan la producción de bienes de capital y de consumo en forma masiva; la puesta en marcha de una reforma agraria que no sólo asegure la apropiación de la tierra por el campesino, sino que permita impulsar una política de desarrollo agropecuario que impulse la mecanización de las faenas y su racionalización progresiva; la aplicación de una política tributaria tendiente a redistribuir la renta nacional de una manera justa y apropiada; la nacionalización del crédito bancario y la estatización del comercio de seguros quebrando el control de los sectores monopolistas que hoy se benefician de estas actividades, son medidas económicas que implican un esfuerzo y una acción prácticamente imposibles de llevar a cabo por la burguesía dentro del régimen actual. Es en primer lugar un esfuerzo de inversión que los capitales nacionales privados están muy lejos de poder cubrir en Chile, como no lo están casi en ningún país subdesarrollado; y sería absurdo esperarlos de los inversionistas extranjeros, ellos buscan finalidades muy distintas a las de impulsar el desarrollo y la diversificación económica de nuestros países. Sólo un gobierno popular, constituido por las fuerzas genuinamente democráticas y progresistas de la nación, puede llevar a cabo estas medidas. La naturaleza de las transformaciones requeridas por el grado de subdesarrollo en que se encuentra nuestro país, es de tal profundidad, que sólo la acción planificadora del estado como instrumento y representante de las grandes mayorías democráticas está en condiciones de realizar. Es ésta, además, una característica propia a todos los países subdesarrollados en la hora presente. La diversificación económica y el desarrollo industrial de las regiones

monoproductoras, que pudo ser una consecuencia de la evolución de las formas de producción capitalista, no llegó a realizarse. Ello no fue posible debido precisamente a que el modo capitalista de producción no logró llegar a la plenitud de su maduración, a consecuencia de la acción negativa del imperialismo europeo y norteamericano, que con la complacencia culpable de las burguesías criollas, frenaron el desenvolvimiento económico de estas regiones transformándolas en meras abastecedoras de materias primas, es decir, sujetas a un intercambio comercial que lejos de estimular el desarrollo y la diversificación económica, las obligaba a permanecer estagnadas al margen de toda posibilidad de evolucionar.

En estas circunstancias, las técnicas modernas de producción que necesariamente deben adoptarse para impulsar el desarrollo económico de un país, se vuelven en estos momentos contra el orden burgués en el mundo subdesarrollado. Esto ha provocado la frustración del sistema capitalista y su consiguiente incapacidad para dar una solución al problema del subdesarrollo en Iberoamérica y otras regiones similares. El elevadísimo costo de la maquinaria moderna, de la utilería y de las instalaciones industriales y el estado de permanente raquitismo de nuestras economías, no permiten a los inversionistas privados poner en marcha un vasto plan de realizaciones tendientes a sacar a estas naciones del marasmo productivo en que se encuentran, en un retraso de más de 60 años en relación a las modernas economías europeas y norteamericanas. Y ésto, en el caso de que quisiesen o tuviesen el interés de hacerlo, porque además, la conformación mental de la burguesía es también proclive a la mantención de la situación actual, ya que de ella devenga sus más caros intereses.

Estas características de nuestro orden burgués y de nuestra burguesía, es lo que hace imposible que esta clase social sea la conductora de un movimiento de verdadera recuperación económica en el momento actual y que muestre los síntomas de una crisis irrecuperable como la expresada por el régimen del señor Alessandri, que representa la culminación de un proceso de decadencia total del sistema en vigencia.

Políticamente tampoco es posible esperar que la burguesía nacional chilena pueda ponerse al frente de un movimiento renovador que persiga la modificación sustancial del orden vigente. Sus diversos sectores tanto en la actividad privada como en la administra-

ción pública, están demasiado comprometidos con el actual sistema como para desear sinceramente un cambio. Alrededor de sus diferentes instituciones financieras se gestan compromisos que comprometen férreamente la existencia legal y política de grupos y personas. Los personajes que actúan y controlan los directorios de la alta banca, el monopolio del seguro y la industria, aparecen también expresando una actitud rectora y decisiva en las instituciones burocráticas del Estado. Esto hace que un vasto sector de funcionarios de altos ingresos se identifique servilmente con los intereses de la burguesía convirtiéndose en gestores a sueldo de ésta y reflejando una conciencia política en consonancia con el orden burgués. Este sector de funcionarios, profesionales, abogados, ingenieros, médicos, arquitectos, etc., dan formación y caracterizan a los partidos políticos de la pequeña burguesía, que potencialmente adoptan posiciones doctrinariamente eclécticas mediante las cuales desorientan las corrientes de opinión de la clase media, para terminar llevándola a posiciones de derecha, en una franca defensa de los intereses de la burguesía y por lo mismo del sistema político imperante. Es la posición evidente del Partido Radical y de la Democracia Cristiana.

Esto nos lleva a concluir que no pudiendo la burguesía, por definición económica y política, constituirse en instrumento de solución de los graves problemas que afectan económicamente a nuestro país; y no pudiendo hacerlo tampoco los partidos políticos denominados de "centro", llámense Radical o Democracia Cristiana, por la connivencia evidente de sus sectores directivos y orientadores doctrinarios con los intereses de la burguesía, sólo la clase trabajadora y sus partidos vanguardias, en una lucha frontal y revolucionaria, puede llegar a dar solución a la problemática político-económica de nuestro país. Y en estas circunstancias, la alternativa más elocuente para los trabajadores chilenos es el Partido Socialista y su táctica política de Frente de Trabajadores.

Frente de Trabajadores significa la unidad de toda la clase trabajadora manual e intelectual incluyendo todos los sectores progresistas no comprometidos con el orden vigente, que necesiten y deseen honradamente un cambio fundamental del presente estado de cosas. El socialismo debe ser un factor aglutinante indiscutido de la clase obrera chilena. Pero en la medida en que planteemos con honradez objetiva y veracidad la problemática del momento presente, el socialismo

debe ser también la respuesta clara y elocuente a las inquietudes que en estos instantes se formulan los diversos sectores de nuestra empobrecida clase media. No podemos permitir que sea la Democracia Cristiana el fermento de cultivo del descontento evidente que en lo político está manifestando el sector señalado.

Es necesario refutar el lenguaje demagógico de la Democracia Cristiana, con el crudo lenguaje de la verdad. Debemos denunciar el verbalismo vanguardista de este partido confesional poniendo en evidencia la esencia derechista de sus propias concepciones ideológicas, que por nacimiento están emparentadas a las corrientes tradicionalistas del más calificado reaccionarismo criollo. Tendremos que destacar claramente como este partido no ha tenido por formación una esencia doctrinaria de izquierda.

Producto de un desgajamiento del Partido Conservador, se muestra desprovisto de una clara concepción acerca de la naturaleza de los graves problemas que afectan a nuestro país. No debemos permitir que determinados sectores de la conciencia ciudadana, debido a la condición opositora sustentada por la Democracia Cristiana ante el gobierno del señor Alessandri, olvide que habiendo perdido su candidato presidencial señor Eduardo Frei Montalva las elecciones de 1958 por 130 mil votos, la representación parlamentaria de este partido apoyó en el Congreso Nacional la designación de Jorge Alessandri como Presidente electo, en circunstancias que las dos mayorías relativas la constituían este último y Salvador Allende a quien aventajaba por 30 mil votos. Es decir que su oposición es meramente circunstancial y tiende a ganarse al electorado popular mediante la difusión de una posición seudorrevolucionaria. Sus reiteradas declaraciones acerca de la Alianza para el Progreso, calificándola de un intento serio para impulsar el desarrollo de los países latinoamericanos y automanifestarse ellos como los únicos capaces de llevarla a cabo en Chile, permiten señalar inequívocamente la raíz burguesa del democristianismo. Porque no podemos pensar que la Democracia Cristiana no haya sopesado convenientemente una serie de antecedentes que configuran la imagen exacta de la Alianza. Un movimiento que se reputa serio no podría aceptar un instrumento de acción cuyo análisis se ha verificado en forma tan superficial, como sería el caso de su ubicación ante la Alianza para el Progreso. Porque ellos deben saber que entre los grandes configuradores de la Alianza están los más reputa-

dos miembros de las altas finanzas de los Estados Unidos; es el caso de Peter Grace, del trust del mismo nombre; de Emilio Collado, Vicepresidente de la Standard Oil, el más grande trust petrolero del mundo; de David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank; de Walter Wriston, Vicepresidente ejecutivo del First National City Bank. Es decir que los más representativos hombres de la política financiera del imperialismo son los impulsores de la Alianza y que han manifestado el sentimiento que los orienta cuando han expresado que: "la política del emisferio, por parte de los Estados Unidos, se basa en las necesidades de un rápido crecimiento económico, que puede lograrse sólo si el capital privado opera en un ambiente favorable". De lo que se deduce que el sentido principal de la Alianza para el Progreso es promover las condiciones propicias a la inversión del capital privado con el incentivo de un seguro beneficio particular.

Podemos comprobar así el carácter contradictorio de la Democracia Cristiana al propiciar una "Revolución en Libertad" y defender la Alianza para el Progreso el plan contrarrevolucionario más calificado del Departamento de Estado norteamericano.

En lo social la Democracia Cristiana se ha introducido en los sindicatos quebrando los movimientos gremiales más importantes y formando instituciones sindicales divisionistas, en las que se hace evidente la clara inspiración norteamericana de adomesticamiento de los líderes para tornarlos inofensivos.

Su defensa del espíritu cristiano de occidente y de su cultura es otra de las manidas monsergas que la identifican con los sectores tradicionalistas y reaccionarios más retrógrados. A través de estos hechos, la Democracia Cristiana va demostrando la falsedad y mixtificación de sus posiciones revolucionarias. La denuncia constante de esta estrategia de mentiras debe ser la práctica obligada de nuestro partido en todas las oportunidades que nos sea permitido dialogar con el pueblo y en especial, con los sectores de clase media proclives a dejarse seducir por el lenguaje demagógico del democristianismo.

En contrario a esta posición de la Democracia Cristiana, el Partido Socialista deberá impulsar claramente su política de Frente de Trabajadores, la que debe difundirse como una política práctica constante en todos los niveles de la acción partidaria. La orientación hacia la toma del poder en 1964 no debe dejar lugar a dudas. La estrategia para ello es una sola, monolítica, inquebran-

table. Emanada del convencimiento de que en Chile es imposible un gobierno de colaboración de clases. Que la experiencia del Frente Popular de 1938, ha dejado un saldo desfavorable a las fuerzas políticas de izquierda, en cuanto formó la falsa concepción de una vía parlamentarista hacia el triunfo del socialismo. Que el colaboracionismo dentro de los marcos de la democracia burguesa no corresponde a una sustentación netamente revolucionaria y por lo mismo, los graves problemas económico-sociales no se llegan a resolver de una manera definitiva. Que en Chile no es posible la revolución democrático-burguesa porque no existen las condiciones para que la burguesía pueda ser revolucionaria.

En estas circunstancias, la lucha revolucionaria está determinada por el aglutinamiento de todas las fuerzas populares y sectores progresistas que sientan la necesidad imperiosa de un cambio fundamental de nuestras estructuras políticas y sociales. En este sentido, el FRAP representa el instrumento más elocuente de conducción subjetiva hacia la revolución, en cuanto refleje con fidelidad la estrategia política que le impuso el Partido Socialista cuando llamó a la formación de esta agrupación de organismos partidarios de izquierda. La política de Frente de Trabajadores corresponde fielmente a las necesidades de la lucha social en la hora presente; es una lucha frontal contra el orden burgués que se manifiesta electoralmente escindido en 3 frentes, de los cuales el más embozado es el más peligroso, y al que cabe por lo tanto denunciar con mayor énfasis: la Democracia Cristiana.

El Socialismo frente a la realidad internacional

No podemos negar la fuerte gravitación que ejerce sobre nuestra política interna el desarrollo de los sucesos internacionales. Por lo demás es una regla general, que en nuestra época ha adquirido su mayor agudeza, el de las influencias recíprocas. El proceso revolucionario mundial desemboca vertiginosamente hacia el mundo subdesarrollado; y no es un cambio situacional derivado exclusivamente de la nueva correlación de fuerzas político-sociales. Siendo éste un factor estimulativo indudable, tenemos que convenir no obstante que las causas profundas que dan origen al agudizamiento del despertar revolucionario de la "Humanidad sumergida", no hacen más que confirmar el desencadena-

miento lógico de un proceso que por etapas, se viene desarrollando desde que la historia es historia de una sociedad de clases.

El marxismo formula con claridad meridiana el esquema conceptual del desarrollo histórico de la revolución, que constituye el acontecer universal del movimiento progresivo de la humanidad. A través de la revolución, la especie hombre ha marchado siempre hacia su destino de realización constante, movida por la necesidad, que a cierta altura de la historia se hace consciente y se convierte en ideales de acción y creación. La oposición constante de fuerzas antagónicas y contradictorias es la clave de este proceso y la causa energética del cambio.

La sociedad contemporánea, configurada políticamente por un desarrollo estructural plagado de contradicciones, muestra la imagen de un hombre sumido en apetencias de transformaciones profundas en su plano existencial. La conciencia social madura progresivamente y el conflicto ideológico resultante, aflora en la superficie de los hechos gestando la lucha revolucionaria de clases.

Es así como los grandes contingentes de seres postergados que arrastran su miseria en el submundo de los continentes subdesarrollados de Asia, Africa y América Latina, hacen notar su presencia rebelde y acusadora venida de siglos de explotación, en el gran escenario de nuestra realidad mundial.

Así podemos comprobar cómo los estados socialistas del presente, cumplida su etapa revolucionaria de la toma del poder político, e iniciado el proceso de la construcción del socialismo, buscan paralelo a ello nuevas formas de estrategia política en las relaciones internacionales, como un medio de lograr la estabilidad necesaria para obtener un acelerado desarrollo productivo; y en contraposición a esta estrategia, los pueblos de las extensas zonas geográficas que aun permanecen al margen de los beneficios de la moderna tecnología y de la economía planificada, alzan la bandera de la revolución y emprenden el camino de la liberación en el enfrentamiento decisivo de la lucha anticolonial y antifeudal.

Extensas zonas del Asia, Africa y América Latina viven en estos momentos el proceso convulsivo más tremendo de su historia. El hambre acumulada de generación en generación ha llegado hasta la conciencia de estos pueblos, iluminándola definitivamente y poniendo en acto la fuerza inmensa de una multitud que pide pan y libertad. El proceso está en marcha, todo depende ahora de la

dirección subjetiva; es decir, de la existencia de una vanguardia revolucionaria que sea capaz de encauzar la pesada corriente de los hechos hacia una exacta finalidad. Porque el proceso revolucionario en sí y su meta final tienen un nexo de identidad indiscutible. La lucha por la liberación nacional debe necesariamente traer consigo la lucha por las grandes transformaciones estructurales que permitan la elevación de los niveles de vida de las grandes mayorías implicadas en el asunto. Las luchas de liberación nacional que sólo traen consigo un cambio formal en las relaciones de un país con el imperialismo, devienen hacia un desvirtuamiento de los fines y consolidan en sí una nueva forma de explotación colonialista, que impide como antes el crecimiento productivo diversificado y por lo mismo toda posibilidad de elevación de los standards de vida de los pueblos.

En este sentido podríamos decir que Argelia y Cuba son los dos más grandes procesos revolucionarios del mundo subdesarrollado y colonial, que han llegado a encausarse dentro de una exacta identidad de fines y acciones, hasta llegar a constituir experiencias universales que se formulan con carácter de ejemplo para el proceso revolucionario mundial.

En Cuba el desarrollo de la lucha revolucionaria devino sin transiciones hacia la implantación de un estado socialista y por lo mismo a la constitución de una economía planificada, en una lucha frontal contra el imperialismo y cortando a éste toda posibilidad de control interno sobre la producción. La revolución cubana tiene para América Latina un carácter experimental de fundamental importancia. En primer lugar ha demostrado de manera irrefutable que sólo la acción revolucionaria de las grandes mayorías populares puede llevar a cabo en nuestros países las profundas transformaciones estructurales que impliquen un cambio total del orden burgués-imperialista. Es una revolución surgida de la miseria de un pueblo, de su explotación inhumana; y esta situación es común a todos los países iberoamericanos.

La revolución desembocó en el socialismo, y no podía ser de otra manera porque las circunstancias de su propio desarrollo interno y las presiones imperialistas norteamericanas desde el exterior, la empujaban hacia el desenlace lógico de su proceso. Un poco inconscientemente tal vez, la dirección subjetiva de esta revolución iba adoptando medidas que posteriormente se habrían de transformar en una comprobación de las formulaciones teóri-

cas que constituirían la fundamentación ideológica del movimiento. Queremos decir, que no existió una preconcepción en la conducción e impulsamiento del proceso revolucionario cubano, y que por lo mismo, ello constituye una excelente prueba del valor que reviste como experiencia, en cuanto la comprobación de la propia acción revolucionaria en su táctica inmediata, daba a los dirigentes la confirmación de la validez de los principios teóricos que habrían de adoptar definitivamente, como método de interpretación y de acción. La revolución cubana se transforma así en la prueba empírica más clara, de la formulación teórica establecida como adecuada a las características histórico-geográficas de las naciones iberoamericanas.

La revolución cubana ha fecundado positivamente por un gran periodo el desarrollo de la revolución latinoamericana. Demostró que la clase obrera y el campesinado pueden triunfar políticamente en un país subdesarrollado, sólo cuando se dan una estrategia revolucionaria, que descarte absolutamente la colaboración con las burguesías nacionales. El planteamiento es indiscutiblemente el enfrentamiento de dos sectores bien definidos económica e ideológicamente: por una parte las grandes mayorías nacionales que viven aisladas del sistema de influencias favorables a un alto nivel de vida, impuesto por el orden burgués en beneficio de una minoría, y por otro lado, los diversos sectores de la burguesía nacional comprometidos en distinta medida con el imperialismo norteamericano y proclives por lo tanto, a la mantención del sistema capitalista y su decadente escala de valores. Las burguesías nacionales se constituyen en los aliados más obsecuentes del capitalismo imperialista internacional. Este hace pesar su presencia rectora concurriendo en defensa de su control sobre el mercado de materias primas. Las contradicciones interimperialistas del momento actual obligan al capitalismo norteamericano proyectarse hacia Latinoamérica en una defensa desesperada de sus posiciones hegemónicas en las economías de esta zona, como una forma de evitar la pérdida de sus mercados vitales y frenar la intromisión de los mercados socialistas, que poco a poco invaden positivamente diversas áreas del comercio mundial.

En esta acción el imperialismo se vale de las burguesías nacionales a quienes sostiene en el poder mediante su consecuente colaboración en el plano de los armamentos; todo incremento del potencial militar sirve a la burguesía para aniquilar la resistencia del pueblo y evitar todo intento de suplantación

del orden vigente, constituyéndose así de hecho, en un instrumento de los grandes monopolios extranjeros que buscan la seguridad y el orden para continuar esquilmando nuestras ya esmirriadas economías. Por otra parte los grandes empresarios iberoamericanos, cuyas actividades no lesionan de ninguna manera los intereses de las empresas norteamericanas, obtienen préstamos en dólares que indiscutiblemente vienen a comprometer férreamente su independencia generando una alianza de hecho entre ellos y el imperialismo. Si se añade a esto los empréstitos directos a los estados burgueses para el financiamiento de la administración pública, podemos deducir la imposibilidad absoluta de que la burguesía nacional se constituya en impulsadora de reformas estructurales profundas dentro del orden capitalista, y por lo mismo, no puede ser aliada sincera de los grupos progresistas para incorporarse a sus programas de transformaciones económico-sociales.

En este orden de consideraciones, la revolución cubana ocupa un lugar señalado en cuanto a experiencia, en el proceso de desarrollo de la revolución latinoamericana. Se constituye en una comprobación de la imposibilidad señalada más arriba, en cuanto a que las burguesías nacionales en esta región puedan convertirse en una garantía de cambios. Sus primeros intentos para conformar un régimen centrado en un programa de reivindicaciones democrático-burguesas, pusieron de manifiesto los resultados negativos y la inoperancia de las medidas; fueron los momentos de su pacto con la democracia burguesa y la constitución de un gobierno en que participaron connotados personeros de la burguesía liberal-conservadora, con el Presidente Urrutia. Este fracaso convenció a los líderes de la revolución, de la necesidad del rompimiento inevitable con la burguesía y del impulsamiento de medidas ampliamente revolucionarias como la reforma agraria y las nacionalizaciones de recursos económicos controlados por el imperialismo. Estas medidas dieron al proceso revolucionario cubano el impulso que necesariamente había de empujarle hacia la implantación de un gobierno de tipo socialista. Se transformaba así en la comprobación de una realidad, que las características acusadas por el ambiente latinoamericano, permitían formular teóricamente para una estrategia de acción política.

Posteriormente, la lucha de los dirigentes cubanos en contra del sectarismo y burocratismo de corte staliniano, y la imposición al curso interno de los hechos económicos y sociales de una amplia estrategia política de

conducción masiva y democrática, ubica a esta revolución en una situación distinta a la de los demás Estados obreros, que en estos momentos acusan todavía la deformación de una falsa concepción burocratizada de la planificación socialista. La República Socialista de Cuba ha inaugurado el camino revolucionario de Iberoamérica confirmando la validez de los principios fundamentales del marxismo y demostrando que cada país o región, puede dar sus propias vías de conducción hacia el socialismo. Es una revolución genuinamente americana y por lo mismo, un hecho experimental de indudable valor para el movimiento popular de nuestras naciones.

El Socialismo y la Paz mundial

Sin lugar a dudas el problema de la paz mundial es en estos momentos uno de los de mayor importancia para el socialismo. La transformación cuantitativa y cualitativa de los efectos que produciría a la humanidad una guerra, obliga a todos los grupos conscientes a ubicarse en una actitud de resuelto repudio a las posiciones beligerantes del imperialismo mundial. Dada la naturaleza de las armas que se han incorporado a la estrategia y táctica de la guerra, es dable suponer que una conflagración militar de carácter mundial adquiriría las proporciones de un genocidio, sin ninguna esperanza de rehabilitación del ambiente natural y de las posibilidades de vida humana del planeta. En estas condiciones se hace permanentemente clara la necesidad de ultimar esfuerzos para evitar absolutamente el riesgo del desencadenamiento de una guerra atómica.

El socialismo es por naturaleza partidario de la Paz. La fuerza de su estrategia política está orientada hacia obtener la transformación total de la sociedad, eliminando definitivamente las causas que determinan los conflictos armados entre las naciones. En tal sentido, la lucha por la paz mundial va unida indisolublemente a las luchas antimperialistas y anticolonialistas orientadas por las grandes mayorías sociales, dentro de la estrategia del internacionalismo proletario. El riesgo constante de guerra se fundamenta positivamente en la acción del capitalismo imperialista, cuya táctica está determinada por la esencia misma del sistema, que defiende su supervivencia más allá de los límites naturales de su propio ciclo histórico. El orden burgués busca permanecer indefinidamente, como forma de organización de la sociedad; para ello recurre a todos los medios de acción que le permitan la mantención de sus instituciones.


Por este motivo, es imposible desconocer que el mantenimiento de la paz y la creación de condiciones concretas para la postergación definitiva de una guerra, depende en gran medida de la lucha revolucionaria de la clase trabajadora internacional. Las luchas de liberación nacional en los distintos países dominados por el colonialismo; las luchas anti-imperialistas en las naciones subdesarrolladas, permitirán el debilitamiento del imperialismo como fase económica de proyección mundial y agudizarán la conciencia de clase del proletariado industrial de los países capitalistas altamente desarrollados, que hoy se muestra debilitada, produciendo la posibilidad evidente de un control por parte de las fuerzas progresistas del mundo sobre el acaecimiento de una guerra. Todo cambio en la relación de fuerzas políticas y sociales a escala mundial tiende en estos instantes a provocar un desequilibrio cada vez más agudo en favor del socialismo y por la misma razón en favor del control de los factores de desencadenamiento de la guerra.

Pero la lucha por la paz no puede bajo ningún punto de vista ser un freno al desenvolvimiento de las luchas revolucionarias en las regiones subdesarrolladas. Por el contrario, como hemos expuesto más arriba, las luchas contra el colonialismo y el imperialismo se confunden de una manera natural con la lucha por la paz. El fortalecimiento del imperialismo mundial es el principal factor en que se funda en estos momentos la posibilidad de guerra. Y principalmente el imperialismo norteamericano, cuya gravitación mundial es indiscutible. Sin embargo, hemos podido ver como en la actualidad la unidad del imperialismo como sistema del mundo occidental está lejos de ser monolítica; las crisis interimperialistas se manifiestan cada vez más serias, basadas en los problemas que para la expansión armónica del capitalismo mundial representa la constitución de organismos regionales de integración económica, que en una u otra forma tiene que producir confrontación de intereses en el seno del mundo capitalista.

En estas circunstancias, los problemas que le presenta a la expansión imperialista la pérdida de su monolitismo interno, hace que sus diversos sectores redoblen su esfuerzo por mantener el control colonialista de las zonas abastecedoras de materias primas y la sujeción económica de las regiones que han sido siempre sus mercados de consumo tradicionales. Y por esta misma razón, es que la estrategia revolucionaria de la clase trabaja-

dora y de los grandes sectores populares en estos países, debe tender hacia una enérgica lucha de liberación a corto plazo y de agudamiento del enfrentamiento de clases, como única forma de vulnerar los intereses del imperialismo y debilitar sus posiciones a escala mundial.

La lucha por la paz es la lucha por el triunfo del socialismo, de la clase trabajadora, y del derrocamiento definitivo del orden burgués. Sólo así podemos evitar el acaecimiento de una nueva guerra, que quizás sería la destrucción definitiva de toda forma de vida en el planeta.



Aniceto Rodríguez A.
LA REVALORIZACION DE PENSIONES
una conquista popular

Única publicación en circulación con el texto de la Ley sin errores.

Contiene:

- Prólogo del Dr. Salvador Allende
- Discusión general del Proyecto
- Texto de la Ley
- Principales conquistas obtenidas.

Descuentos especiales a Instituciones y Librerías. Precio del ejemplar E° 0,80.—

Distribuye Exclusivamente:

LIBRERIA LATINOAMERICANA
San Martín 136 - Teléfono 63904

OFICINA DE DISTRIBUCION Y VENTAS
Estado 360 - Of. 6 - Teléfono 30812
Casilla 10430 - Stgo.

Es una publicación de
PRENSA LATINOAMERICANA S. A.